

Utopía. El estado actual de la cuestión

FRANCISCO MARTORELL CAMPOS

Dice Enzo Traverso que lo que separa al siglo XXI de los dos siglos anteriores es que nació bajo el eclipse general de las utopías.¹ A priori, la tesis del derrumbe de la utopía no parece novedosa. Fred Polak lamentó en 1953 que Occidente estaba dejando de producir imágenes de un futuro mejor y acentuando la producción de imágenes de un futuro peor. A su juicio, tal inversión reflejaba la decadencia de la utopía.² A medida que transcurrieron las décadas, ascendió el número de autores que repitió idéntico dictamen, hasta convertirlo en un auténtico mantra. No es el caso de Traverso, teórico que resalta la singularidad de nuestra experiencia. En efecto, si el siglo XXI rompe con la modernidad es porque jamás ha estado movido por la utopía. Eso significa que para los individuos más jóvenes la ausencia de utopías conforma su hábitat natural y cognoscible, un aspecto de la existencia dado por sentado, evidente por sí. Aunque Traverso ubica la fractura dos siglos atrás, lo cierto es que desde la Ilustración no había deambulado por Occidente nada parecido, excepcionalidad que obliga a plantear varios interrogantes: ¿qué significa y de dónde procede la crisis de la utopía tal cual la vivimos hoy? ¿Cuáles son sus manifestaciones idiosincrásicas? ¿Puede y debe enmendarse?

¿Qué es la utopía?

Todo el mundo sabe que el lenguaje cotidiano atribuye a la noción de «utopía» incontables significados denigrantes. Normalmente, suele em-

¹ Enzo Traverso, *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019, p. 31.

² Véase: Frederik Polak, «Cambio y tarea persistente de la utopía», en Arnhelm Neusüss (comp.), *Utopía*, Barcelona, Barral Editores, 1971, pp. 188-189.

plearse para designar a los anhelos que el sentido común considera quiméricos y a los sistemas totalitarios de la peor calaña. La observación más superficial verifica la falsedad de sendas valoraciones. Quienes identifican a la utopía con lo imposible omiten que la historia brinda numerosos ejemplos acerca de cómo han acabado haciéndose realidad ideas tildadas durante siglos de utópicas (el sufragio universal, la educación pública y otras). Asimismo, quienes la asocian con el totalitarismo omiten que la democracia también fue originariamente utópica, un proyecto hipotético de sociedad ideal.

¿Qué es la utopía? La respuesta involucra a un término donde confluyen elementos tan diversos que hacen inviable el propósito de diseñar una definición que los abarque a todos. A raíz de tamaña polisemia, la caracterización de la utopía habilita a recurrir al listado. De entre los existentes, destaca el de Fredric Jameson, filósofo que liga la utopía a tres referentes.³ El menos conocido es el *deseo utópico*, ímpetu basado en la esperanza y orientado al futuro que incita a imaginar mundos mejores cuando el presente ocasiona malestar o indignación. Ernst Bloch mostró que las ensoñaciones utópicas basculan entre las fantasías abstractas que incentivan la huida compensatoria de la realidad y los planes concretos que ambicionan cambiarla.⁴ La utopía estricta cristaliza en estos últimos. El segundo referente recibe el nombre de *forma utópica*, esfera textual que abarca a las producciones literarias, artísticas o teóricas consagradas a criticar la sociedad real comparándola con una sociedad ficticia más libre, próspera y equitativa. Por último, despuntan las variadas ramificaciones de la *política utópica*, esfera en la que convergen las comunidades intencionales, los movimientos de emancipación y los colectivos que respaldan iniciativas avanzadas. Su empeño no es otro que cumplir en la práctica el deseo utópico de justicia.

La crisis de la utopía reconsiderada

Con el inventario de Jameson en mente, las preguntas sobre el eclipse de la utopía ganan concreción. ¿Qué ha sido abolido o precarizado, el deseo utópico, la forma utópica, la política utópica o los tres niveles? Si algún referente permaneciera activo, ¿podría seguir aseverándose que la utopía atraviesa una crisis terminal? En

³ Fredric Jameson, *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*, Madrid, Akal, 2009, p. 15.

⁴ Ernst Bloch, *El principio esperanza [1]*, Madrid, Trotta, 2007, pp. 106-107.

otros trabajos he mostrado que el presente sí produce y acoge utopías.⁵ El deseo utópico no se ha evaporado. Ha emigrado desde la política hacia la tecnología. Repárese, si no, en la repercusión espectacular del transhumanismo, movimiento que aspira a emancipar a la humanidad de las limitaciones naturales reconfigurándola tecnológicamente. Según el relato que difunde, en las próximas décadas surgirán dispositivos biotecnológicos, nanotecnológicos y farmacológicos que permitirán amplificar las facultades humanas, crear capacidades nuevas, gestionar las emociones y (es la promesa estelar) gozar de la inmortalidad, o cuanto menos de una prolongación vital sobresaliente.⁶ Heredera de la vasta tradición tecnoutópica estrenada por Francis Bacon y expresión magistral de las «utopías médicas» estudiadas por Bloch,⁷ la doctrina transhumanista permea la cultura al completo y monopoliza los discursos esperanzadores del futuro.

El deseo utópico no se ha evaporado. Ha emigrado desde la política hacia la tecnología

A diferencia de los utópicos similares de la primera mitad de siglo XX (Wells, Fedorov, Haldane, Bernal), la plana mayor del transhumanismo aísla el deseo de perfeccionarnos tecnológicamente del deseo de igualdad económica. De ahí que la ciencia ficción afin describa futuros donde las transformaciones tecnológicas de la biología humana acontecen en contextos económicos no transformados, idénticos al imperante. Semejante descompensación confirma que la lucha contra el envejecimiento ha reemplazado a la lucha contra la explotación, la sed de perpetuidad a la sed de justicia y la decisión de cambiar un ámbito concreto de la realidad a la de cambiar todos los ámbitos de la misma. A tenor de lo explicado, no hay duda de que debe corregirse la cita de Traverso. Lo que experimentamos no es exactamente el «eclipse general de las utopías». A fin de cuentas, la utopía tecnológica del transhumanismo (incluidas las modalidades ciberliberales del mismo postradas en Silicon Valley) goza de una salud envidiable. Lo que experimentamos es el eclipse de la utopía política, y más específicamente de la utopía política de izquierdas.

⁵ Francisco Martorell, «¡Al infierno los cuerpos! El transhumanismo y el giro postmoderno de la utopía», *Thémata. Revista de Filosofía*, núm. 46, 2012, pp. 489-496; Francisco Martorell, *Soñar de otro modo. Cómo perdimos la utopía y de qué forma recuperarla*, Valencia, La Caja Books, 2019, pp. 53-67.

⁶ Yuval Harari vende millones de libros recitando dicho relato: Y. Harari, *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Barcelona, Debate, 2016.

⁷ Ernst Bloch, *El principio esperanza [2]*, Madrid, Trotta, 2006, pp. 12-31.

Noviembre de 1989

Corría el año 1973. El aumento del precio del petróleo, del desempleo y de la inflación forzó al sistema capitalista a someterse a severas transformaciones. Exitoso durante treinta años, el keynesianismo se mostraba moribundo, incapaz de enderezar la economía internacional. Un paradigma antagónico, originario de las doctrinas hasta hacía poco minoritarias de Friedrich Hayek y Milton Friedman, aprovechó la coyuntura para ganar posiciones en la lucha de ideas e introducir su receta anti-crisis: obrar la desregulación máxima del capital, devastar las rigideces que la coartan, sea el Estado de Bienestar, los aranceles fronterizos, las nacionalizaciones, la fiscalidad progresiva o el poder sindical. Y a buena fe que lo consiguió. Ronald Reagan, Augusto Pinochet y Margaret Thatcher aplicaron con entusiasmo el precepto. Con la ayuda de las incipientes tecnologías informáticas, comandaron el salto de los mercados nacionales al mercado global, de la economía industrial a la economía financiera, de la socialdemocracia al neoliberalismo, canjes que fraguaron el mundo en el que vivimos y el tránsito de la modernidad a la postmodernidad.⁸

Los costes sociales derivados de los reajustes correspondientes fueron y son enormes. Cuando a inicios de los ochenta arreciaban las críticas, Thatcher respondía con un escueto «no hay alternativa». Muchos se mofaron del eslogan, pero lo cierto es que expresaba, valga el argot de David Estlund,⁹ una «utopofobia» al alza que sería consolidada el 9 de noviembre de 1989, día en el que cayó el Muro de Berlín. De acuerdo a los voceros del *establishment*, el acontecimiento ratificaba que la utopía había fracasado estrepitosamente, que la única opción razonable era aceptar que no existen alternativas deseables a la conjunción de capitalismo y democracia. Pocos meses antes, Francis Fukuyama dio a conocer la versión erudita de análogo diagnóstico y anunció, con Hegel de coartada, que el triunfo del liberalismo económico y político no era un suceso casual, sino la meta hacia la que viajaba el devenir histórico desde el principio. Dado que esa meta había sido coronada, la sucesión de ideologías y regímenes a la que denominamos historia podía darse por terminada. En lo sucesivo, ninguna alternativa al *statu quo* logrará prosperar, menos aún materializarse. Política y económicamente, los tiempos venideros mimetizarán al presente y no abrigarán novedades dignas de mención. La historia, pontificó Fukuyama, ha finalizado.¹⁰

⁸ David Harvey, *La condición de la posmodernidad*, Madrid, Amorrortu, 2004, pp. 157-185.

⁹ David Estlund, «Utopophobia», *Philosophy & Public Affairs*, núm. 42 (2), 2014.

¹⁰ Francis Fukuyama, «¿The End of History?», *The National Interest*, núm. 16, 1989, pp. 3-18.

En lo que a los sectores más exigentes de la izquierda se refiere, los sucesos del 9 de noviembre de 1989 representaron una derrota humillante y definitiva, carente de aura y utilidad, desprovista de los sentimientos de grandeza y dignidad suscitados por las derrotas del pasado. La caída del Muro de Berlín traumatizó a los activistas en la medida en que resumió decenas de reveses precedentes que, reunidos de golpe, se manifestaron intolerables, difíciles de procesar. Los escombros resultantes abolieron el horizonte utópico socialista que había conferido esperanza a millones de personas. Esperanza, ciertamente, que llegaba mermada a causa de la larga secuencia de desengaños que arrancó con la constatación de la naturaleza totalitaria de la Unión Soviética y siguió con la represión de la Primavera de Praga, la violencia extrema de la Revolución Cultural y el genocidio de Camboya. La izquierda con aspiraciones transformadoras deambula en estado de *shock* desde entonces, inmersa en un proceso de duelo que no sabe gestionar.¹¹

Síntomas de la crisis de la utopía

La caída del Muro de Berlín propició que el lema «no hay alternativa» y la tesis del final de la historia pasaran de verbalizar simples preferencias propagandísticas a modelar nuestra conciencia. La crisis de la utopía política divisada por Polak yacía en los inicios de la Guerra Fría, periodo en el que planeaba una alternativa oficial al capitalismo y donde la capacidad de concebir alternativas diferentes seguía activa. Ninguna de ambas variables sobrevive. La crisis actual de la utopía política converge con la falta absoluta de alternativas. El capitalismo globalizado ha alcanzado niveles nunca vistos de supremacía material e ideológica, hasta el extremo de colonizar la imaginación y bloquear la tarea de concebir futuros civilizados donde no rija. Jameson registró la incidencia en 1994: «hoy día nos resulta más fácil imaginar el total deterioro de la tierra y de la naturaleza que el derrumbe del capitalismo».¹² Diez años más tarde, Perry Anderson pronunció a la luz del apogeo transhumanista que hoy nos cuesta menos esfuerzo imaginar el fin de la muerte que el fin del capitalismo,¹³ pormenor, advierte Slavoj

El lema «no hay alternativa» y la tesis del final de la historia han modelado nuestra conciencia desde 1989

¹¹ Enzo Traverso, *op. cit.*, pp. 57-58, 102-104.

¹² Fredric Jameson, *Las semillas del tiempo*, Madrid, Trotta, 2000, p. 11.

¹³ Perry Anderson, «El río del tiempo», *New Left Review*, núm. 26, 2004, p. 42.

Zizek, que testimonia cómo en los dominios neoliberales lo antaño imposible (no morir) ha mutado en viable, y lo posible (derrotar al capitalismo) en inviable.¹⁴

Queda patente que la esterilidad de la imaginación utópica obedece a la expansión del «realismo capitalista» teorizado por Mark Fisher, atmósfera cultural que desarma el deseo utópico de cambio social al volver impensable la opción de un sistema político-económico mejor que el reinante e instalar en las mentes la convicción de que el capitalismo es y será el único sistema factible, o mejor aún, la realidad misma.¹⁵ Desprendida del realismo capitalista, maniobra la «impotencia reflexiva», actitud que fusiona la conciencia de que las cosas van mal con la certeza de que no podemos hacer nada para mejorarlas.¹⁶ Franco Berardi proclama en un sentido parejo que sufrimos de «impotencia política», dolencia que despoja a los sujetos de la energía requerida para lograr que las posibilidades emancipatorias del presente se hagan realidad. Entretanto, el neoliberalismo conquista la potencia máxima, cualidad que le permite imponer una única posibilidad y eliminar al resto.¹⁷

La *desutopización* examinada cursa junto a la suspensión del futuro, estudiada por los autores citados y otros.¹⁸ Si las alternativas ilusionantes al sistema vigente se han acabado, ¿qué futuro políticamente mejor cabe esperar? Ninguno. Privados de futuros alternativos apetecibles, los individuos postmodernos barruntan futuros catastróficos y vagan apáticos por un presente eterno, esclavos del corto plazo, preocupados por problemáticas domésticas e inmediatas. Cuando la insatisfacción o el tedio ante la pura actualidad aprietan, corren a refugiarse a pasados higienizados, producidos en masa para el consumo nostálgico, acción que delata que la imaginación revolucionaria ha sucumbido frente a la memoria mercantilizada, la prospectiva frente a la retrospectiva y la novedad rupturista frente a la repetición continuista. No hace falta decir que se trata del escenario más hostil concebible para la utopía, instancia ligada, diríase que por definición, a la esperanza en el futuro.

¹⁴ Slavoj Zizek, *Pedir lo imposible*, Madrid, Akal, 2014, pp. 149-151.

¹⁵ Mark Fisher, *Realismo capitalista*, Buenos Aires, Caja Negra, 2016, pp. 22, 27-28, 127.

¹⁶ *Ibidem*, p. 49.

¹⁷ Franco Berardi, *Futurabilidad*, Buenos Aires, Caja Negra, 2019, pp. 21-22, 31, 43-49.

¹⁸ Por ejemplo: Christopher Lash, *La cultura del narcisismo*, Barcelona, Andrés Bello, 1999, pp. 23, 78; Marina Garcés, *Nueva ilustración radical*, Barcelona, Anagrama, 2017, pp. 14-15, 23; Jean Baudrillard, *La ilusión vital*, Madrid, Siglo XXI, 2002, p. 32; Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo*, Barcelona, Herder, 2015, pp. 37, 45, 61; Zygmunt Bauman, *Retrotopía*, Barcelona, Paidós, 2017, pp. 15-16, 61-65; Daniel Innerarity: *El futuro y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2009.



El apogeo de la distopía

En el plano literario, la crisis de la utopía política concuerda con el apogeo de la distopía, género fundado a mediados del siglo XIX que describe con ínfulas románticas el funcionamiento de civilizaciones atroces e inhumanas del futuro nacidas de las peores disposiciones del presente. El golpe que supuso la Primera Guerra Mundial para la idea ilustrada de progreso, amplificó el influjo del pesimismo cultural y facilitó que la distopía ganara adeptos y reputación. A poco de finalizar la Segunda Guerra Mundial, ya era ella quien acaparaba el protagonismo, no la utopía, cuyas presencias editoriales descendían hasta mínimos históricos, sin lograr en ningún supuesto la tremenda resonancia cosechada por las utopías decimonónicas de Edward Bellamy, William Morris, Étienne Cabet o H. G. Wells.¹⁹

Dos detalles diferencian el apogeo actual de la distopía de los anteriores. El primero es que antaño no penetró en los círculos *mainstream* con tanta pujanza. Impulsada por la crisis de 2008 y la presidencia de Donald Trump, la noción de «distopía» designa actualmente una moda de masas (igual de pasajera que el resto) que manufactura *best-sellers* internacionales, seriales televisivos de máxima audiencia, productos de *merchandising* y tendencias adolescentes. El miedo al futuro jamás fue así de rentable.

Con todo, el contraste fundamental coincide con el de la crisis de la utopía, a saber: que hasta 1989 el éxito distópico acontecía en contextos provistos de alternativas al capitalismo (no importa lo contradictorias que fueran). Trasladémonos a los sesenta y setenta, ciclo de gran fecundidad distópica. El freudomarxismo, la Internacional Situacionista y ciertas corrientes existencialistas tardías mantenían encendida la llama de la teoría utópica. Los movimientos contraculturales, las revueltas juveniles y las comunas *hippies* hacían lo propio con la política utópica. Aunque ya estaba de capa caída, la literatura utópica dejó varios títulos postcapitalistas imprescindibles, escritos con las lentes, en adelante ineludibles, del feminismo y el ecologismo.²⁰

Alguien podría replicar que las protestas alterglobalización, *Occupy Wall Street*, el 15-M y la Primavera Árabe desvelan que ahora también persiste la utopía polí-

¹⁹ Krishan Kumar, «The Ends of Utopia», *New Literary History*, vol. 41, núm. 3, 2010, pp. 555-558.

²⁰ A destacar: Ursula Le Guin, *Los desposeídos*, Barcelona, Minotauro, 1999; Ernest Callenbach, *Ecotopía*, Zaragoza, Trazo Editorial, 1980; Joanna Russ, *El hombre hembra*, Barcelona, Bruguera, 1978; Marge Piercy, *Mujer al borde del tiempo*, Bilbao, Consonni, 2020.

tica. Y es cierto, pero relativamente. Y digo relativamente porque ninguno de los casos mencionados blandió alternativas a lo dado. Al inicio cobijaron múltiples asomos utópicos vinculados a la espontaneidad y el entusiasmo, mas carecían de programas a gran escala que pudieran dar continuidad a la apertura de lo posible y obrar transformaciones sistémicas relevantes. De alguna manera, copiaron el *modus operandi* de la distopía.

Claroscuros de la distopía

Hasta hace escasas décadas, el vocablo «distopía» apenas circulaba por la academia, y cuando lo hacía cumplía el rol de sinónimo de «anti-utopía». Gracias a Lyman Tower Sargent y sus sucesores,²¹ hemos aprendido que «anti-utopía» y «distopía» designan estrategias distintas. Mientras la primera condena a la utopía en general,²² la segunda ataca a utopías concretas, a veces sin evacuar la totalidad de impulsos utópicos. Tom Moylan distingue a propósito de este matiz entre la «distopía anti-utópica», texto que narra (a la manera del *1984* de Orwell) las vivencias de un disidente ante la totalidad opresora y la derrota o huida final del mismo, y la «distopía utópica», texto de desenlace abierto que retrata (a la manera de *La máquina se para*, de Edward Morgan Forster) la presencia real o virtual de colectivos contrarios al sistema. De acuerdo con Moylan, las distopías anti-utópicas suprimen la posibilidad de cambio civilizatorio y favorecen que la resignación se adueñe del receptor. No obstante, añade, las distopías utópicas enseñan a resistir, incluso a vencer, predicciones que infunden esperanza y estimulan los deseos de mejora.²³

El estudio de Moylan, acompañado por los ensayos de Raffaella Baccolini,²⁴ acaba poniendo el acento sobre la «distopía crítica», variante de la distopía utópica popularizada en el siglo XXI que despierta la admiración de teóricos y activistas. Apareció durante la década de los ochenta, coincidiendo con el auge del fin de la historia y del sentir anti-utópico. Encabezada por las novelas *La costa dorada* (Kim Stanley Robinson), *La parábola del sembrador* (Octavia Butler) y *El cuento de la*

²¹ Lyman Tower Sargent, «Utopia — The Problem of Definition», *Extrapolation*, núm. 16 (2), 1975, pp. 137-148; «Three Faces of Utopianism Revisited», *Utopian Studies*, vol. 5, núm. 1, 1994, pp. 1-37; Antonis Balasopoulos, «Anti-Utopia and Dystopia: Rethinking the Generic Field», *Utopia Project Archive*, 2006-2010, pp. 59-67.

²² Dos muestras: Gilbert Keith Chesterton, *El Napoleón de Notting Hill*, Valencia, Pre-Textos, 2002; Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Orbis, 1985.

²³ Thomas Moylan, *Scraps of the Untainted Sky. Science Fiction, Utopia, Dystopia*, Boulder, Westview Press, 2000, pp. 120-121, 154-157.

²⁴ Raffaella Baccolini, «The Persistence of Hope in Dystopian Science Fiction», *PMLA*, vol. 119, núm. 3, 2004, pp. 518-521.

criada (Margaret Atwood), la distopía crítica desenmascara las pulsiones disciplinarias y absolutistas inscritas en el neoliberalismo, quehacer fundamental e ineluctable. Por desgracia, si la enfocamos con detenimiento observaremos que ocasiona efectos secundarios perniciosos. Reseñaré tres.

Cuantiosas distopías críticas publicadas después del 2008 describen revoluciones populares victoriosas, recurso que las aleja del derrotismo militante de las distopías clásicas. No obstante, la utilización narrativa de la mística de la revolución no implica obligatoriamente que nos encontremos ante productos que incentiven la esperanza utópica y el compromiso social. Puede ocurrir lo contrario. La trilogía literaria y cinematográfica *Los juegos del hambre*, producto de calidad notable que desbancó a la inefable moda vampírica, lo certifica. Son personajes siniestros, movidos por intereses cainitas y huérfanos de moral quienes mueven los hilos de la revuelta. Más que inducir a la rebeldía y pronunciar arengas alentadoras, *Los juegos del hambre* propaga en última instancia el parecer anti-utópico de que cualquier sublevación colectiva presta a mejorar la sociedad acaba desvirtuándose, traicionando los principios fundacionales, cometiendo barbaridades y forjando nuevas cadenas.

Lo que más llama la atención de las distopías inmiscuidas en el tropo revolucionario es que jamás enseñan lo que viene después del alzamiento. ¿Qué gobierno y sistema económico edificarán los otrora insurgentes? No lo sabemos. La novela, la serie o la película terminan justo ahí, en el instante decisivo. Por muchos espacios autónomos y grupos insurrectos que promoció, al final la distopía crítica abraza el proceder central de la distopía anti-utópica: dedicarse a la denuncia del presente sin entregar sugerencias concretas sobre cómo cambiarlo o superarlo. El problema no concierne a este gesto en sí mismo, sino a su generalización entre los movimientos sociales y el pensamiento crítico. Aquejada de impotencia reflexiva, la cultura combativa deviene distópica. Dado que a consecuencia del desplome de la imaginación política se ve incapaz de perpetrar alternativas utópicas que mejoren las cosas, cultiva el «activismo reactivo» de la distopía e intenta que no empeoren, táctica eminentemente defensiva, vertebrada en torno a la protesta, la advertencia y la resistencia, más preocupada por evitar que los planes de las élites fructifiquen que por consumir planes propios, por defender viejos derechos que por reivindicar derechos nuevos.

Como no podría ser de otro modo, la distopía crítica acata la convención canónica de la distopía y compara al presente con un futuro peor. Dicho método acarrea

paradojas bien conocidas. Por una parte, responsabiliza a la actualidad de las desgracias venideras y contribuye a cuestionarla e impugnarla. Pero por otra, se aproxima peligrosamente al estándar anti-utópico y la justifica, habida cuenta de que, a pesar de los pesares, siempre resulta preferible al porvenir descrito. El mayor hándicap que exhibe aquí la distopía estriba en transmitir, involuntariamente si se quiere, la consoladora intuición de que el mundo que habitamos no es tan malo, que tenemos que considerarnos afortunados, juicios que fomentan la desmovilización y el conformismo.

El mayor hándicap de la distopía es que transmite la consoladora intuición de que el mundo que habitamos no es tan malo

Recuperar la utopía

Volvamos a 1989. Si bien es cierto que la proclama del fin de la historia tenía la vocación manifiesta de liquidar a la utopía, no menos verdad es que guardaba en la recámara una utopía no declarada conforme a la cual la fusión de capitalismo y democracia liberal conformaba el mejor (o menos malo) de los mundos posibles y el medio más eficiente para distribuir prosperidad. Zizek acierta al afirmar que los autoproclamados anti-utópicos de aquella etapa utopizaron el presente.²⁵ Según Franz Hinkelammert, difundieron «la utopía de una sociedad sin utopías»,²⁶ laureada durante los noventa y resquebrajada por los atentados del 11-S de 2001 y la crisis económica de 2008. La tolerancia y riqueza prometidas cedieron el testigo a la precarización extrema, las guerras de ocupación, el integrismo religioso, el despotismo de las multinacionales, las políticas de austeridad y el regreso de la extrema derecha, infortunios que no han erosionado ni un ápice la creencia de que «no hay alternativa» ni el final de la historia correspondiente.

Enfrascados en un contexto así de amenazante, atiborrado de regresiones en lo tocante a los derechos adquiridos y amedrentado por la impresión de que los jóvenes vivirán peor que sus padres, urge recordar que los mayores progresos (sufragio universal, derechos laborales, separación de poderes, libertad de prensa, prestaciones sociales) ocurrieron bajo el halo de la utopía. También, replicarán los seguidores de Karl Popper, Isaiah Berlin y Hans Jonas, las mayores atrocidades.

²⁵ Slavoj Zizek, *Primero como tragedia, después como farsa*, Madrid, Akal, 2011.

²⁶ Franz Hinkelammert, *Crítica de la razón utópica*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002, pp. 10, 278-280.

Sargent escribe al respecto que la utopía es esencial y peligrosa al unísono. Peligrosa, pues corre el riesgo de ser instrumentalizada por ideologías excluyentes y colaborar en la construcción de regímenes abominables. Y esencial, pues de su ejercicio obtenemos las imágenes esperanzadoras del futuro que guían las acciones reivindicativas y catapultan el progreso.²⁷ En las novelas utópicas del Renacimiento y la modernidad palpita claramente esta ambivalencia. Medidas emancipadoras cohabitan con automatismos totalitarios, opuestos a la libertad, la diferencia, la intimidad, la novedad y el cambio. El desenlace a extraer salta a la vista: necesitamos utopías nuevas, liberadas de componentes autoritarios. Y las necesitamos para combatir el realismo capitalista, reactivar el deseo de transformar la sociedad y garantizar el avance social. La lección que deberíamos inferir de los últimos cien años es que la utopía sin democracia se degrada, igual que la democracia sin utopía.

Evidentemente, recuperar la utopía no depende de la simple voluntad. Hemos atestiguado que la incapacidad de ingeniar alternativas obedece a razones estructurales e ideológicas que escapan del control de los sujetos. De todas formas, no estaría nada mal que los implicados intentaran desafiarlas. Me permito lanzarles algunas sugerencias. Cuando se interesan por la política, los escritores de ciencia ficción producen distopías. Lo ideal sería que redirigieran la imaginación desbordante que atesoran hacia la producción de utopías políticas atractivas y actualizadas, aptas para reavivar los anhelos de emancipación y proveer ideas interesantes. Invertir todo el talento de la ciencia ficción en manufacturar mañanas calamitosos es un error garrafal que ya empieza a ser patente para numerosos seguidores y autores del género. *Mutatis mutandis* sucede con los teóricos culturales de la postmodernidad, autores de ensayos que parecen salidos de la misma plantilla distópica. Si el *star-system* intelectual saliera de su zona de confort, no se limitaría a registrar con jergas intrincadas los males del mundo. Además de eso, emplearía parte de su lucidez en formular propuestas inteligibles para hacerlo más justo.

¿Y qué decir de las diferentes fuerzas de izquierdas? Pues que amén de aceptar que no hay alternativa, deberían añadir, acto seguido, que no la hay de momento. Deberían, por encima de otras consideraciones, obrar un distanciamiento estratégico respecto a 1989, aparcar el activismo reactivo e intentar reanudar el ciclo de reformas económicas que interrumpió el neoliberalismo y su propia renuncia a

²⁷ Lyman Tower Sargent, «In Defense of Utopia», *Diogenes*, núm. 209, 2006, pp. 11-12.

la utopía. Nada de lo que debe cambiar cambiará rescatando a ciudadanos de la escasez. Hace falta pelear por medidas que la eliminen de raíz, que compatibilicen las premuras a corto plazo de la *Realpolitik* con el horizonte utópico del medio y largo plazo. Rutger Bregman, Paul Mason, Erik Olin Wright, Nick Srnicek y Alex Williams reiteran el llamamiento e instan a las fuerzas progresistas a defender dos propuestas de gran envergadura: la renta básica universal y la reducción drástica de la jornada laboral, justificadas en la mengua de puestos de trabajo ocasionada por la automatización y otros factores, proceso que todos los indicadores juzgan de imparable.²⁸

No hay duda de que nos encontramos ante un par de medidas que trastocan las coordenadas del sentido común. Si bien planean en el ambiente y cuentan con organizaciones que las defienden y gobiernos que las ensayan, la sociedad las percibe como una quimera. La atrofia de la imaginación política es de tal magnitud que no solo se han vuelto inconcebibles las alternativas drásticas al capitalismo sino también las reformas del mismo. Lo cual explica que las formaciones políticas no las incluyan abiertamente en sus programas, sin rebajarlas o restringirlas. De cualquier modo, es una constante histórica que las medidas utópicas generen miedo, chanza y suspicacia, y que precisen de mucho tiempo para aplicarse. Ello se debe a que llegan demasiado pronto, antes de hora, precocidad que alimenta la falsa sensación de que son irrealizables. Por fortuna, las sucesivas generaciones de obreros que defendieron la jornada laboral de ocho horas y de mujeres que se manifestaron a favor del sufragio femenino no se dejaron amedrentar por la visión hegemónica de lo posible y reclamaron con confianza lo que para sus congéneres era una locura.

Obreros y sufragistas no se dejaron amedrentar por la visión hegemónica de lo posible y reclamaron lo que para sus congéneres era una locura

La utopía secularizada

La recuperación de la utopía aquí propuesta parte de la premisa de que las utopías de antaño contienen algunas sugerencias a considerar, pero que en global

²⁸ Rutger Bregman, *Utopía para realistas*, Barcelona, Salamandra, 2017; Paul Mason, *Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro*, Barcelona, Paidós, 2016; Erik Olin Wright, *Construyendo utopías reales*, Madrid, Akal, 2014; Nick Srnicek y Alex Williams, *Inventar el futuro*, Barcelona, Malpaso, 2017.

ya no nos sirven. ¿Qué se recupera por tanto? El deseo utópico, no el contenido prototípico que adoptó. Contemplados hoy día, los futuros utópicos de la modernidad se asemejan, salvo contadas excepciones, a distopías de manual. El análisis textual demuestra que las facetas totalitarias del utopismo a la vieja usanza arraigan en las inclinaciones metafísicas heredadas de la búsqueda platónica de perfección, autenticidad, inmutabilidad, pureza, homogeneidad y armonía. De ahí que el primer paso para renovar filosóficamente a la utopía pase por someterla a una terapia anti-platónica que la habilite para delinear mañanas utópicos en los que ninguna de esas seis presumibles virtudes tenga cabida. Tampoco la voluntad de verdad absoluta que las cataliza.²⁹ Las sociedades así imaginadas adoptarían la forma de civilizaciones plurales y dinámicas que han reabierto la historia y la alteridad, gravitadas a la vera de la discusión y el consenso, conscientes de su falibilidad, finitud y contingencia, atravesadas por conflictos y contradicciones. Puestos a etiquetarlas, las llamaría «utopías secularizadas», en tanto en cuanto atribuyen la entera responsabilidad del progreso a los deseos de justicia, y no a la intervención sibilina de entidades sobrehumanas como la naturaleza, la sociedad o la historia, instancias que la metafísica aupó a la categoría de seres independientes de la voluntad humana, dotados de metas y leyes propias.

El seguidor de la utopía secularizada se muestra muy reticente ante la idea de un Acontecimiento cuasi escatológico (la Revolución) que lo cambia todo de un plumazo y alumbró lo Nuevo. Reconoce la función vital que cumplió esa idea, pero vislumbra a las utopías venideras manando de la acumulación de propuestas ambiciosas concretas, sin descartar la aparición de discontinuidades, saltos o involuciones a lo largo del proceso. El escritor de ciencia ficción Kim Stanley Robinson sostiene, en esta línea, que la utopía política del siglo XXI cruza una secuencia formada por cinco fases: antiausteridad, keynesianismo, socialdemocracia, socialismo democrático y postcapitalismo.³⁰ La ventaja de aceptar la secuencia de Robinson es que no precisamos de ninguna alternativa innovadora y bien perfilada al capitalismo para quitarnos el fatalismo de encima y participar de la utopía. La renta básica universal, la reducción de la jornada laboral, la prohibición de los paraísos fiscales y la imposición de cargas fiscales elevadas a las multinacionales nos meten de lleno en las fases intermedias de la misma. Si alguna vez se aplican,

²⁹ La terapia insinuada podría inspirarse en los pensadores que han extrapolado la crítica a la metafísica a la política, caso de Richard Rorty, Gianni Vattimo, John Rawls, Jacques Derrida o Nancy Fraser.

³⁰ Kim Stanley Robinson, «La civilización está fuera de control», *El confidencial*, 16 de mayo, 2016.

el capitalismo seguirá, pero al servicio de una sociedad más justa que la presente. Dadas las circunstancias anti-utópicas, se trata de un sueño asumible, compatible con sueños más radicales.

Francisco Martorell Campos es doctor en Filosofía por la Universidad de Valencia, donde ha sido Becario de Investigación y profesor asociado. Es miembro de la Red Transatlántica de Estudio de las Utopías y autor de *Soñar de otro modo. Cómo perdimos la utopía y de qué forma recuperarla* (La Caja Books, 2019).

